

Melancolía y suicidio: una mancha temática en la narrativa argentina reciente

Carlos Hernán Sosa

UNSa - CONICET

chersosa@hotmail.com

Fecha de recepción: 08/03/2019

Fecha de aceptación: 24/05/2019

Palabras clave: literatura argentina, narrativa reciente, melancolía, suicidio

Resumen

Durante la década de 1990, en propuestas narrativas disímiles de algunos autores de Buenos Aires (por ejemplo en las de Fabián Casas y Martín Rejtman), es recurrente la tematización de la melancolía y el suicidio como la constante de personajes -en general, adolescentes y jóvenes- que transitan, despojados de sentidos y expectativas, por la representación de un horizonte de época asfixiante. Quince años después, desde la narrativa de algunos autores del noroeste (Federico Leguizamón, Alejandro Luna y Fabio Martínez), se vuelve a revisar este tópico, en otro contexto de emergencia y apelando a estrategias de anclaje diferentes (la ciudad pobre de provincia) para las representaciones literarias. Este trabajo propone una lectura en serie de esta temática desde una doble inquietud. Por un lado, trata de analizar los diferentes tratamientos visibles como modos de registro de conflictividades sociales emergentes, que las lecturas propuestas en estas narrativas nos devuelven, en cada caso, con matices y aristas particulares. Por otro, procura interpretar estas modificaciones observables, a partir del juego de tensiones entre literaturas centrales y periféricas argentinas; es decir, en un desacuerdo mayor de propuestas, donde la opción temática y su tratamiento se convierten en apuesta ideológica de un decir situado en el mundo.

Key words: Argentine literature, recent narrative, melancholy, suicide

Abstract

During the decade of 1990, in different narratives of some authors of Buenos Aires (for example, Fabián Casas and Martín Rejtman), it is recurrent the theming of the melancholy and the suicide like the constant of personages-in general, adolescents and young people-who travel, stripped of senses and expectations, by the representation of a suffocating horizon. Fifteen years later, from the narrative of some authors from the northwest of Argentina (Federico Leguizamón, Alejandro Luna, Daniel Medina and Fabio Martínez), it revisits this topic, in another context of emergency and appealing to different strategies for literary representations (at the poor city of province). This work proposes a series reading of this topic from a double concern. On the one hand, it tries to analyze the different visible treatments as ways of registering emerging social conflicts, which the readings proposed in these narratives give us back, in each case, with particular nuances and edges. On the other, it tries to interpret these observable modifications, starting from the play of tensions between central and peripheral Argentine literatures; that is to say, in a greater disagreement of proposals, where the thematic option and its treatment become an ideological bet of a saying located in the world.

“Todo el mundo se muere, pocos se suicidan”.

Philippe Ariès, “El suicidio”.

En *Los prisioneros de la torre* (2011), hasta el momento el único libro que intenta sistematizar la narrativa argentina de jóvenes de posdictadura, al menos en el ámbito rioplatense,¹ Elsa Drucaroff emplea la categoría mancha temática para revisar tópicos en los que se intensifican aspectos centrales para organizar lecturas en serie, dentro de esta enorme y proteica producción. La categoría honra el magisterio de David Viñas, quien había apelado a ella como una suerte de catalizador para adentrarse en núcleos duros de la cultura argentina: la relación amo-patrón, la presencia incómoda de la chusma y la violencia, en *Literatura argentina y realidad política* (1963-1970); los genocidios y los desaparecidos en *Indios, ejército y frontera* (1982); el viaje y el cosmopolitismo, en *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA* (1998); entre otros. Una de las manchas temáticas que Drucaroff analiza en su corpus es la denominada “jóvenes que viven como muertos” (2011, p. 125), cuyo origen amojona en la narrativa de Martín Rejtman, iniciada en la década de 1990, y a la que define como la representación recurrente de: “Muchachos y chicas que, aunque están vivos, deambulan como fantasmas, personajes dolorosamente vaciados por una Historia que no ha sabido tejer para ellos continuidad y transmisión” (2011, p. 125).

En realidad, lo que Drucaroff señala parece ser más bien un estadio en la diacronía de esta mancha temática: el del contexto del neoliberalismo de los 90, con la experiencia alienante del menemismo y su política cambiaria del uno a uno, delineado sobre un telón de fondo desesperanzador, el de la muerte de los grandes relatos; entre ellos la historia, la nación y la literatura argentinas que, como monumentos discursivos de la modernidad decimonónica, habían sido ya desalojados de la aristocracia explicativa e integral de la experiencia humana en el pensamiento de Occidente. Esta mancha temática es, además, el desvío tangencial o la orbitación satelital del tratamiento de otro *leitmotiv* fundante en la literatura argentina como es el suicidio. En este derrotero temático, la imagen del suicida dibujó una estela que despunta con “El matadero” de Echeverría. La indeterminada causalidad de la muerte del joven, que los mazorqueros identifican con la frase “reventó de rabia el salvaje unitario”, vale en verdad como un modo de autodestrucción y como autodefensa. Esta interpretación del relato reporta como beneficio el sostenimiento de una dignidad inmarcesible en el personaje quien, después de las bajezas soportadas y desde

1. En el volumen la autora explicita la arbitrariedad de su recorte, sin afán de problematiza su noción de literatura argentina: “No busco una estructura o un procedimiento omniexplicativo para todo lo que se ha publicado en el territorio argentino, en narrativa, durante cierto lapso, y no encuentro motivos para buscarlos. (...) Cuando hablo, entonces, de cierta entonación, de ciertos procedimientos y manchas temáticas tendencialmente recurrentes en la NNA (Nueva Narrativa Argentina), debe leerse en un sentido laxo: una tendencia que describe la producción más resonante, la más visible (casi siempre urbana)” (Drucaroff, 2011, pp. 24-25).

la lógica maniquea del texto, no puede seguir viviendo. La instancia humillante de la violación, una conclusión a la que han arribado varias lecturas asentadas en la tradición crítica -las de David Viñas (1994), Noé Jitrik (1997) y Jorge Salessi (1995), entre otras-, aunque no pasa de ser una sugerencia en el texto, potencia la aparición o el atisbo del deseo de autodestrucción como un camino de redención ética para el joven.

Con el unitario desangrado se abre esa mancha temática en la literatura argentina, que incluirá a otros personajes suicidas de obras señeras, muchas de ellas canonizadas dentro del sistema literario nacional, nombro los que me vienen rápidamente a la memoria: Andrés, en *Sin rumbo* (1885) de Eugenio Cambaceres; Remo Erdosain, en *Los lanzallamas* (1931) de Roberto Arlt; Don Diego de Zama, en la novela cuasi homónima (1956) de Antonio Di Benedetto; Alejandra Vidal Olmos, en *Sobre héroes y tumbas* (1961) de Ernesto Sábato; la niña, la pequeña viajera, la otra y los diversos modos de figuración del suicida en *Árbol de Diana* (1962) de Alejandra Pizarnik; Ángel Leto, en *Glosa* (1986) de Juan José Saer; entre seguramente muchos otros.

Cuando uno revisa la bibliografía reciente sobre la temática del suicidio, emerge una gama variada de aproximaciones críticas, desde la antropología social hasta la demografía histórica. Hay dos disciplinas -la historia y el psicoanálisis- que han abordado el tema, en el campo de lo imaginario, aportando reflexiones para pensar las representaciones del suicidio y su frecuente antesala, la melancolía; dos caras cercanas, cuyo ensombrecimiento recíproco, tal vez, nadie develó con la eficacia y dureza de trazo que Federico Leguizamón emplea al abrir su volumen de cuentos *Cuando llegó la brigada amanecía en el barrio* (2008):

Yo no quiero morirme, es decir, no quiero matarme". En Jujuy todos los caminos conducen al suicidio. Una persona que piensa en matarse queda con una marca para el resto de su vida. La depresión es una bajada y una vez que empezás no te para nada ni nadie. Ya les había dicho a todos que se iba a matar pero todavía no se animaba. (2017, p. 9)

En relación con el psicoanálisis, han prevalecido dos tendencias al momento de realizar lecturas psicoanalíticas de textos literarios: se observa y analizan personajes como si se tratara de un caso clínico o se estudia la obra literaria para rastrear en ella las proyecciones de la subjetividad del autor. En este punto, es más fructífera la primera opción ya que, desde las consideraciones clásicas de Sigmund Freud (1996) hasta las revisiones de Georges Bataille (1964) y Julia Kristeva (2016), el análisis circunscrito a los propios textos literarios resulta más iluminador para repensar instancias vinculadas a la melancolía y la autodestrucción -como el duelo, la depresión, el aislamiento, el amparo en la belleza, entre otros-. A pesar de que varios de dichos aspectos aparecen,

efectivamente, abordados en los autores del corpus que quiero comentar (Federico Leguizamón, Fabio Martínez, Alejandro Luna y Daniel Medina), quienes revisitan estos *topoi* con ciertas aristas particulares; y dadas las limitaciones de este trabajo que tiene alcances exploratorios sobre la temática, voy a priorizar solamente una recuperación del tema desde el abordaje histórico, a fin de poder ingresar mínimamente en el comentario de algunos de los textos literarios propuestos.

En este enfoque, uno de los críticos que más ha aportado en la materia es Philippe Ariès, al proporcionar desde la vertiente de la historia cultural el recorrido probablemente más completo por las tramas sobre el suicidio en Occidente, interesado en el estudio de las representaciones imaginarias generales sobre la muerte -y el suicidio como forma de muerte peculiar-. Lo atractivo y sumamente valioso de los aportes de Ariès (1992, 2007 y 2106), tal como ocurre en sus otros estudios dedicados a la vida privada, la muerte o la niñez (Ariès 1987, 2007 y 2017), es que va zurciendo la elaboración del dato documentado -para intentar reconstruir el proceso sociohistórico- con la apropiación imaginaria que, sobre el suicidio en este caso, se fue construyendo de manera paralela y con esperables interdependencias con las mismas prácticas. Sin desatender nunca esta recíproca retroalimentación, Ariès (2016) bosqueja un itinerario que, por los fines que persigo, conviene citar en extenso:

Nuestras antiguas sociedades tradicionales sacralizaron la muerte o (...) la domesticaron, que finalmente viene a significar lo mismo. Es decir que los hombres, atemorizados frente a su inmenso poder, se esforzaban por desarmarla, por restarle dramatismo y por hacerla entrar en un sistema de ritos y creencias que tenían por objeto convertirla en una etapa más del destino.

Por ello rechazaban y condenaban el suicidio: el cuerpo del suicida era castigado, arrastrado por el piso y no tenía derecho a ser sepultado en la iglesia; en cambio, tenían ritos previstos cuando el suicidio se institucionalizaba, y entonces sí había lugar para la solemnidad, como en el caso del soldado vencido que se suicidaba por honor, o de otras formas de suicidio, como el duelo. Fuera de estos casos, previstos y canonizados, al hombre no le estaba permitido modificar su destino, someter a la sociedad a la presencia imprevista de la muerte por una decisión de carácter individual. (...)

A partir del siglo XIX, y sobre todo en el XX, la muerte se *desocializó*. La sociedad se negó a reglamentarla e incluso a saber de ella, a tener que ver con su existencia. Delegó en la ciencia y en sus aplicaciones técnicas, es decir en la medicina, la tarea de mantenerla a raya, de derrotarla. De resto, la dejó en manos de la familia y el individuo.

La muerte pasó así del dominio público, en donde estaba como circunscripta, vigilada, sometida a control, al dominio privado, en donde fue liberada. Empezó entonces a depender cada vez más de la voluntad del individuo. Había menos obstáculos que se opusieran a su libre elección. La sociedad se fue haciendo menos hostil frente al suicidio: ahora era simplemente indiferente. (2016, pp. 224-225. Subrayados en el original.)

Esta estrecha y conflictiva relación entre sujeto y sociedad, una tensión donde se negocian, efectivamente, las prácticas y los sentidos adscriptos a lo individual y a lo colectivo,² dice Ariès que se agudizó en las sociedades posindustriales, a partir de la emergencia de un nuevo componente decisivo, el sentimiento de fracaso, donde se manifestaba con mayor crudeza la repercusión de la crisis de la modernidad en el sujeto: el vaticinio nietzscheano de la muerte de dios anidando en la propia intimidad.

En la narrativa argentina reciente, y en especial en el corpus de análisis que propongo, el suicidio es una mancha temática que se perfila, al menos, en dos aspectos: está protagonizado por adolescentes y jóvenes³ y abunda el coqueteo con la idea de la muerte no efectivizada. Respecto de este último matiz, es importante destacar que impera la alusión repetida del suicidio pero, como plantean los psicoanalistas, en tanto patología del acto, no se alcanza el pasaje al acto suicida. Puede observarse, entonces, una sostenida discursividad sobre el suicidio pero no suicidas efectivos; así, antes que el ejercicio de quitarse la vida, prevale un regodeo en la instancia de umbral del memento *mori*.

Reflotando la emergencia de los zombis urbanos de Rejtman y del “ideologema de lo fantasmal” a los que se refería Drucaroff (2011, p. 125), hay que señalar que también por la narrativa de Leguizamón y Martínez frecuentemente deambulan sujetos apáticos, que no parecen movilizados por ninguna instancia vital. En ambos casos, la narración se ambienta en espacios periféricos -las villas de San Salvador en Leguizamón, la ciudad de Tartagal en Martínez. A diferencia de los jóvenes que transitan por los relatos de Rejtman, pertenecientes a una elite porteña acomodada económicamente, en esta narrativa la tensión entre sujeto y sociedad se acentúa por las problemáticas sociales circundantes, ante todo, la pobreza estructural crónica, que moldea tanto las configuraciones subjetivas individuales como las configuraciones colectivas.

2. Esta compleja relación, cifrada en la metáfora de la domesticación de la muerte, es analizada por Ariès en detalle en uno de sus libros (2007, pp. 19-36).

3. En relación con este aspecto, Ariès señala que: “A partir de los siglos XVII a XVIII, y especialmente en los siglos XIX y XX, el momento en que se toma conciencia del fracaso dejó de coincidir con el de la muerte. Se adelantó, se hizo cada vez más precoz, al punto que muchas veces hoy se sitúa en la edad de la adolescencia” (2016, p. 225).

A medida que se suceden las historias en proyección por las que atraviesan estos personajes (adolescentes que están terminando el secundario, jóvenes universitarios y graduados recientes, desocupados con o sin titulación, migrantes a las ciudades en busca de mejores condiciones de vida, sobrevivientes a la rutina del pueblo), va invadiendo -como el tufillo anticipatorio de la descomposición- la percepción de un mundo sin escapatoria posible. En este derrotero, los personajes, todos ellos provenientes de los sectores populares -hijos de obreros precarizados, ex ypefianos desocupados o changadores que sobreviven el día a día-, experimentan también en carne propia las dificultades del mundo de los adultos. Así se manifiesta, por ejemplo, en los relatos de *Despiértenme cuando sea de noche* (2010) de Martínez, donde la precariedad laboral se posiciona como un asunto capital; o en la imposibilidad de concreción de proyectos de vida -como estudiar lo que se quiere- o sostener emprendimientos culturales a largo plazo -como la revista que edita uno de los personajes de *Los pibes suicidas* (2013) del mismo autor-. Se instaura, entonces, un conjunto de problemáticas sociales con las cuales parece necesario trabar la sensación de fracaso e indiferencia que deriva en el sinsentido general que lleva a estos jóvenes a pensar en la alternativa del suicidio (Sosa, 2018b).

Ahora bien, como anticipé, en realidad, es la discursividad sobre la decisión última lo que los textos con insistencia dramatizan -en la doble acepción de soportarlo con angustia y teatralizarlo como un actor ante el público sobre el escenario-, aplazando permanentemente el suicidio en favor de las imágenes del abismo: de la nada en Leguizamón, el vacío y el precipicio en Martínez, la destrucción caníbal en Luna. Esta insistencia, razonablemente, al saturar tanto las líneas de sentido, llega inclusive a alcanzar una veta paródica. Así ocurre, por ejemplo, en “No voy a ser tu puta Scheherazade”, relato de Medina incluido en *Oparricidios* (2014), donde una manipuladora crónica planifica sus cotidianos intentos de suicidio, motivados por situaciones triviales de la vida diaria, para aliviar sus cargas existenciales más ordinarias. Tanto regodeo en la agonía deviene así una mueca risible.

Lejos de lo que uno apriorísticamente podría pensar, el intento de suicidio constituye una innovación en las prácticas e imaginarios vinculados al tema y es una invención reciente del siglo XX, una suerte de “chantaje del suicidio” como dice Ariès: “Un llamado, un signo de alguien que aún espera respuesta” (2016, p. 226). El intento de suicidio es, por otra parte, una veta desprendida del mayor gestor de imágenes sobre la muerte suicida en Occidente: el mito del suicida. Germinado en los albores del romanticismo, al calor de la enfermiza hipersensibilidad de *Los sufrimientos del joven Werther* (1774) de Johann Wolfgang von Goethe, una obra sintomática que retroalimentaba el imaginario y las prácticas suicidas (Warley, 2010 y Vedda, 2014), el mito del suicida es una sedimentada construcción que se diversifica con coletazos potentes hasta los imaginarios sociales actuales de la narrativa argentina. Aparece en Leguizamón, por ejemplo, con

la idealización del sujeto valiente, victimizado, que encuentra en el suicidio una escapatoria ante la incapacidad de armonizar la propia vida con las adversidades aleatorias de su entorno (Sosa, 2018):

En el barrio ya se habían matado unos cinco. Estaba de moda. Era tan fácil pero él no era el valiente suicida del que habla Hölderlin. El suicidio es un oxímoron: uno se mata porque ama demasiado la vida o se ama demasiado a sí mismo. Como no puede verse triste prefiere la muerte, la nada, el vacío absoluto y no el vacío adrede que todas las tarde se aplaca en el techo del cuarto. (2017, p. 9-10)

Desde una estrategia diferente, el recurrente lirismo de Luna aporta en este mismo sentido idealizador, al ser capaz de percibir hasta en la escoria del presente un resto de belleza, entendida como uno de los salvavidas del enunciador para subsistir ante la adversidad. A lo largo del corpus de estos narradores, donde impera siempre la marginación, con la experiencia alienante de una rutina sin aparentes perspectivas de cambio, los límites entre vivir y morir se tornan difusos, con umbrales imprecisos, y la autodestrucción emerge como una vía certera. No resulta extraño, entonces, el tono pesaroso de la nota con la cual Luna elige abrir su, sintomáticamente titulado, *Libro de las humillaciones varias* (2011):

No sabemos con exactitud quiénes son los humillados. Los hombres desarman y arman la moral día tras día, semejante a los termes, que oxigenan el interior de sus pasadizos para que la tierra respire. El cuidado, paradójicamente, puede desencadenar la devastación. Si la termita que intenta limpiar a su compañera la muerde accidentalmente, comienza el canibalismo. (2011, p. 9)

Para Ariés, anclar la irrupción del suicidio y sus representaciones a circunstancias puntuales, como las crisis socioeconómicas, termina facilitando explicaciones reduccionistas y quitando espesor a procesos de larga duración sociohistórica en el terreno de los imaginarios sociales. Por ello, tal vez convendría entonces visualizar la doble tracción que estas textualidades literarias recientes proponen sobre la representación del suicida y su circunstancia: en principio, como derivaciones de la autogestión de la muerte que la modernidad habilitó en Occidente y, dentro de este flujo mayor, como un tratamiento literario particularizado que estos autores de Salta y Jujuy formulan desde enclaves discursivos propios, que no inhabilitan por supuesto los contrastes entre centros y periferias puertas adentro del sistema literario nacional. De este modo, en el gesto de apropiarse del suicidio, quince años después del empleo obsesivo que hicieron los autores porteños -tanto en los burgueses representados por Rejtman como en la barriada obrera de Fabián Casas- (Sosa, 2018c), reinstalando un tópico remanido que ya había sido desechado, es posible leer también un gesto político de resignificación, de modos de

enunciación recuperados -reciclados de los restos desechados por el centro- que se adecuan a las exigencias locales para poder contar otras realidades, las del abandono propio de los rincones marginales del país.

Antes de finalizar, quisiera detenerme en un vestigio, que nos va incomodando a medida que avanza la lectura de los textos del corpus, como esos objetos imprevistos que los escarceos del mar van depositando súbitamente en la arena. Uno de los interrogantes más arqueológico que, de a ratos, emerge en esta literatura es la indagación sobre el sentido de la propia escritura: ¿Por qué seguir escribiendo desde el sinsentido vital, con qué finalidad endilgarse con maneras burdas ese lugar del decir, desde el bordecito mismo de la muerte? Tematizar con insistencia una práctica extrema -la opción voluntaria por la muerte-, desde los límites de la experiencia soportable, desde los arrabales empobrecidos de la nación, no puede ser interpretado -desde el patrón de un manual de autoayuda- como un mero llamado de atención imaginario o el examen penoso de las angustias de un presente convulsionado. Sensaciones que, por cierto, como señalé, tienen una historia particular en Occidente, donde el sujeto estuvo muchas veces a punto de claudicar y en otras tantas así lo hizo, de ello perduran cuantiosos índices verificables: los registros de suicidas en las estadísticas demográficas y las imágenes tipificadas en representaciones mitificadoras o miserabilizadas del valiente, cobarde o incomprensible suicida.

Por el contrario, esta insistencia expresiva del corpus debería ser percibida en más de un sentido como una gestualidad artificial, como la calculada dicción pulida por el entrenamiento vocal; desde donde no deja de impulsarse la constitución, paradójica, de una pulsión de vida. Dice el narrador de "El asesino" de Leguizamón, a lo largo de su extenso monólogo donde amenaza, fallidamente, con suicidarse:

Estoy en Santa Fe escribiendo estas líneas para que nadie olvide porque sé que escribir es la única forma que tienen de resistir los desdichados, los diferentes, los indignos; las personas que tienen insomnio; los solitarios como vos.

Acá escribo para que no olviden ni pregunten quién soy. Hablar es existir... el vacío se materializa en las palabras. Nombrar vuelve real la nada, el tedio, la tarde, mi nombre y tu cara sorprendida. (2017, p. 36)

Más adelante, en otro pasaje de Leguizamón, la perspectiva se torna aún más enfática, cuando el personaje reconoce ya con menos tapujos discursivos que: "Mi mundo son las palabras y no tengo salida" (2017, p. 44).

La crítica literaria ha insistido en subrayar la alegoría de que escribir es, siempre, una forma de ir muriendo, una lenta despedida en la que le disputamos -y, a veces, pareceríamos poder arrebatarle- a la muerte la migaja final de unas pocas palabras. Sin embargo, los textos que acabo de comentar parecen querer testimoniar por su parte otro razonamiento no menos estremecedor: que escribir también es, siempre, de algún modo, estar condenado a la vida.

Bibliografía

- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, España: Taurus.
- (1992). *El hombre ante la muerte*. Madrid, España: Taurus.
- (2007). *Morir en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestro días*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo.
- (2016). "El suicidio" en *Ensayos de la memoria. 1943-1983* (215-226). Buenos Aires, Argentina: Waldhuter.
- Ariès, Philippe y Duby, Georges (Dirs.) (2017). *Historia de la vida privada*. Madrid, España: Taurus. 5 Vols.
- Bataille, G. (1964). *El erotismo*. Buenos Aires, Argentina: Sur.
- Cuevas Cervera, F. (2006). "Una revisión de las ideas en torno al suicidio en el tránsito de la Ilustración al Romanticismo" en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista del Grupo de Estudios del Siglo XVIII*, Nº 14, (11-41). Cádiz, España: Universidad de Cádiz.
- Drucaroff, E. (2011). *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes de la posdictadura*. Buenos Aires, Argentina: Emecé.
- Freud, S. (1996). "Duelo y melancolía" en *Obras completas* (2091-2100). T. II. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Jitrik, N. (1997). "Forma y significación en *El matadero* de Esteban Echeverría" en *Suspender toda certeza* (65-96). Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Kristeva, J. (2016). *Sol negro. Depresión y melancolía*. Buenos Aires, Argentina: Waldhuter.
- Leguizamón, F. (2008). *The sound of la galaxia*. Paraná, Argentina: Ese es otro que bien baila.
- Leguizamón, Federico (2017). *Cuando llegó la brigada amanecía en el barrio*. Buenos Aires, Argentina: Palabras amarillas.
- Luna, Alejandro. *Libro de las humillaciones varias*. San Salvador de Jujuy, Argentina: Intravenosa. 2011.
- Martínez, F. (2010). *Despiértenme cuando sea de noche*. Córdoba, Argentina: Nudista.
- (2013). *Los pibes suicidas*. Córdoba, Argentina: Nudista.
- (2014). *Dioses del fuego y otros relatos*. Salta, Argentina: Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta.
- Medina, D. (2014). *Oparricidios*. San Salvador de Jujuy, Argentina: Intravenosa.
- Nallim, A. (2002). "Por la cornisa urbana: literatura argentina del nuevo milenio" en Rodríguez, Susana y Guzmán, Raquel (Coords.): *La ciudad y sus representaciones. Arte y literatura a fin de milenio* (23-37). Salta: EUNSA.
- (2017). "Poéticas emergentes argentinas. Leguizamón: una escritura en éxtasis" en *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXXIII, Nº 261, (869-888). Pittsburgh, EEUU: University of Pittsburgh.
- Salessi, J. (1995). "El (primer) Matadero" en *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la Nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914)* (55-74). Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo.

- Sosa, C. H. (2018). "La palidez del mundo. (Breve exploración sobre la obra de Federico Leguizamón)" en Mirande, María Eduarda; Siles, Alejandra y Quintana, M. (Coords.): *Los Nortes del Hispanismo. Territorios, itinerarios y encrucijadas. Actas del XI Congreso Nacional de Hispanistas, 2018*, (559-569). San Salvador de Jujuy, Argentina: Asociación Argentina de Hispanistas – Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy. URL: <http://www.fhycs.unju.edu.ar/ActasCongresoHispanistas.html> (Recuperado el 11/02/19).
- Sosa, C. H. (2018). "Figuraciones del presente en la narrativa de Fabio Martínez" en Guzmán, Raquel (Coord.): *Cartografías literarias. De la democracia al bicentenario en el noroeste argentino* (335-371). Buenos Aires, Argentina: Teseo.
- (2018). "Sobre algunas derivas de la narrativa salteña reciente" en *Confabulaciones. Revista de Literatura Argentina*, Nº 1, San Miguel de Tucumán, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán (En prensa).
- Vedda, M. (2014). "El Goethe temprano y la literatura sentimental. *Los sufrimientos del joven Werther* como anatomía de la conciencia infeliz" en *Leer a Goethe* (41-80). Buenos Aires, Argentina: Quadrata.
- Viñas, D. (1994). *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, Argentina: CEAL. T. 1.
- Warley, J. (2010). "Introducción", en Goethe, Johan Wolfgang von: *Las penas del joven Werther* (VII-LXXII). Buenos Aires: Colihue.